



SOBRE LA INVESTIGACION EN PSICOANALISIS

Diego Moreira¹

“La coincidencia con el mundo exterior real es a lo que llamamos verdad. Ella es la meta de la labor científica, incluso cuando prescindimos de su valor práctico”. Freud. (1933^a)

Resumen

En este trabajo se considera el problema de la verdad como objetivo de los actos del pensamiento científico, principalmente de la verdad freudiana estrechamente ligada a lo histórico-vivencial, y su particular método de análisis.

También se indaga: El psicoanálisis como una modalidad de interpretación de la empiria y sus diferencias con una teoría especulativa. Los recursos metodológicos de que dispone. La problemática de los algoritmos. La casuística y el modelo freudiano. El llamado paradigma indiciario. Y finalmente las resistencias contra el método analítico y su particular enlace con las series complementarias.

Summary

This paper points out the problem of truth as the purpose of scientific thought, specially the Freudian concept of truth. It also investigates psychoanalysis as a way of interpreting the empirical data and how it differs from a speculative theory. Methodology, the problem of algorithms, history cases and Freud models, the so-called tracing paradigm, as well as resistance against the analytical method, its particular link with the complementary series is herein considered.

Presentación

En este trabajo me ocupo de la verdad como meta de los actos del pensamiento científico, principalmente de la verdad freudiana estrechamente ligada a lo histórico-vivencial. Como el método es un requisito lógico para acceder a ella [la verdad], es imprescindible indagar en qué consiste y cuáles son sus características principales, lo que nos permitirá comprender mejor la temática citada.

También considero: El psicoanálisis como una modalidad de interpretación de la empiria y sus diferencias con una teoría especulativa. Los recursos metodológicos de que dispone. La problemática de los algoritmos. La casuística y el modelo freudiano. El llamado paradigma indiciario y sus fundamentos. Y finalmente las resistencias contra el método analítico y su enlace con la llamada ecuación etiológica.

¹ Docente de grado y de posgrado en UBAy en UCES.



La meta del trabajo científico

El pensamiento científico, en su fundamento, no es muy diferente de los actos intelectuales cotidianos, posee algunos rasgos que le son propios, por ejemplo, su interés no depende de una aplicación concreta, procura aislar las variables personales y afectivas, revisa minuciosamente sus percepciones sensoriales, apela a recursos técnicos para proveerse de nuevas percepciones, suele aislar las condiciones en que se generan las experiencias (Freud, 1933a).

En este contexto, si nos preguntamos por la meta última de la ciencia, Freud (1933a) responde: “la verdad”. Y a esta verdad, en principio, el autor del psicoanálisis la relaciona con la coincidencia o adecuación con el mundo exterior real, definición que lo aproxima (aparentemente) a la concepción aristotélica. Recordemos que para Aristóteles la verdad era la adecuación del intelecto y la cosa, la concordancia entre el juicio y la cosa. Para Freud el mundo exterior y esta coincidencia son una construcción que incluye una historia, que encuentra su límite en la llamada “roca viva”. El trabajo científico no requiere necesariamente de su valor práctico. En la “Presentación autobiográfica” (Freud, 1925d) discrimina una verdad material y otra histórico-vivencial, que luego retoma en “Construcciones en el análisis” (Freud, 1937d). En dicho artículo, refiriéndose a la religión afirma: “*su poder descansa, (...) en su contenido de verdad no la que es material, sino histórica*”. Y en “Moisés y la religión monoteísta” (Freud, 1939a) nos dice que el intelecto humano no muestra una disposición específica para acceder a la verdad, por el contrario puede renunciar rápidamente a ella cuando es requerido por sus ilusiones de deseo. Aunque su voz no deja de insistir hasta hacerse oír. En dicho trabajo, vuelve a considerar, los conceptos de verdad material y de verdad histórico-vivencial. Esta última es un fragmento de verdad que retorna y deja indicios. Al respecto, Lacan (1966) nos dice que la verdad tiene estructura de ficción y que siempre será dicha a medias.

Freud no sólo manifestó, en diversas oportunidades, su interés por la verdad, sino también por el método. Ya que el modo o forma de acercarse a la verdad es lo que habitualmente se ha llamado método. Así afirma que “*Más importante aún que la aceptación de mis resultados es para mí la del método del que me he servido, totalmente nuevo, difícil de desarrollar*” (Freud, 1896). A este procedimiento derivado del método catártico de Breuer lo considera insustituible para las metas científicas y clínicas propuestas. Considera que no es posible para los fines establecidos recurrir a los métodos habituales. “*Ello equivaldría a querer rebatir los descubrimientos de la técnica histológica por medio de los datos logrados en la investigación macroscópica*”. Es decir, que sólo la lógica inherente al método psicoanalítico será capaz de garantizar el razonamiento [inferencias] adecuado y nos permitirá apartarnos de los razonamientos incorrectos [falacias] a que pueden inducirnos metodologías al estilo de la psicología descriptiva y/o experimental.

Pero el psicoanálisis no es sólo un procedimiento de investigación de la vida aními-



ca, sino también un conjunto de intelecciones psicológicas y a la vez, un método de tratamiento basado en estas indagaciones [Freud, 1923(1922)]. Como sabemos, el tratamiento de las diversas patologías exige un diagnóstico diferencial de acuerdo a determinados criterios y/o categorías, que encuentran su punto de partida en el discurso y desde luego su interés clínico. Freud (1898) afirma que sólo el método psicoanalítico está habilitado para llevar a cabo estos diagnósticos, así nos dice: “*Para establecer el (...) diagnóstico hemos de recurrir al único método que puede llevar -nos sin error al descubrimiento de una histeria: esto es, el psicoanálisis*”.

Sin embargo, desde diversos sectores se cuestiona el derecho a esta discriminación que incluye un diagnóstico basado en el método analítico. Una extraña oposición quizás, porque la apreciación del lenguaje y del método que nos sirve de fundamento es poco conocido o no valorado fuera de algunos ámbitos freudianos. Considero que el diagnóstico del discurso es un supuesto necesario e imprescindible que adquiere su valor en el trabajo de la cura. Desde luego, no se trata de cualquier diagnóstico sino del analítico, al que antes que descartarlo es imprescindible plantearlo como un problema.

La cuestión del diagnóstico, cómo juicio, implica dos aspectos que rompen con la noción tradicional. Me refiero a su valor de anticipación y retroacción [a posteriori] que determina que nunca sea completo, acabado, o más bien que su valor de verdad siempre sea parcial e imperfecto. Es decir, que el diagnóstico se despliega en una temporalidad específica [demasiado antes o después], y puede llegar a ser gracias a nuestro esfuerzo deductivo, vacilaciones y dudas, no del todo equivocado, pero tampoco habrá en él un total acierto. La mayoría de nuestros diagnósticos se forman sólo a posteriori “*Son como aquella prueba a la que -según cuenta Víctor Hugo- un rey de Escocia sometía a las mujeres sospechosas de hechicería. Las cocía en un gran caldero de agua hirviendo, probaba el caldo, y por el sabor podía decir si la suplicada era o no una bruja*” (Freud, 1933a). Por otra parte, una vez realizado el diagnóstico es necesario ponerlo en suspenso, evitando que se constituya en un estorbo para la lectura analítica, puesto que se trata de un juicio, de una afirmación, sobre lo dado a leer por el sujeto.

La interpretación de la empiria

Veamos algunas características de la metodología analítica, podemos anticipar que no implica una investigación por experimentación [Freud, 1933a], aunque algunos resultados del psicoanálisis hayan sido confirmados experimentalmente mediante el recurso de la hipnosis. Recordemos que la investigación experimental suele ser considerada como la verdaderamente “científica”, e implica la manipulación y el control de las variables llamadas independientes por una parte, y por otra, la observación de las variables dependientes, a fin de registrar su variación concomitante. En estos diseños, los sujetos son asignados a los grupos experimentales por el investigador, incluso se procura que dicha asignación sea al azar.



En cambio, en psicoanálisis, habitualmente intentamos resolver los problemas que nos plantea la clínica, con observaciones, cuyas lagunas completamos mediante inferencias evidentes, que en un momento posterior organizamos en frases conscientes. Esta tarea tiene dos estaciones de partida que nos son consabidas: “*en primer lugar, el órgano corporal y escenario de ella, el encéfalo (sistema nervioso) y, por otra parte, nuestros actos de conciencia, que son dados inmediatamente y que ninguna descripción nos podría transmitir*” (Freud, 1940a, pág. 143). Carecemos de una referencia directa que nos informe de lo que acontece entre ambas terminales de nuestro conocimiento.

Entonces, disponemos de dos fuentes de indicios para nuestras investigaciones:

a) el material clínico que accede a nuestra conciencia, a veces luego de un arduo trabajo en nosotros mismos, constituido de acuerdo a la fenomenología psíquica por: “*percepciones, sentimientos, procesos cognitivos y actos de voluntad*” (Freud, 1940a) y sus lagunas; b) el conocimiento neurofisiológico y biológico.

Por cierto que encontramos estas dos posiciones terminales del conocimiento psicoanalítico, desde el inicio de su desarrollo. Así, en el “Proyecto de psicología”, donde Freud (1950a) se propone configurar una “psicología que sea una ciencia natural”; nos insta a pensar los procesos de la vida anímica —“*normales*” y “*patológicos*”— como estados determinados por un factor cuantitativo, proposición que deriva de la observación del material clínico. A su vez estas tramitaciones psíquicas están sujetas a elementos materiales comprobables: las neuronas.

Se parte entonces en el “Proyecto” de dos proposiciones fundamentales: a) cantidad de excitación, b) sistema nervioso, y de una particular lógica combinatoria. Esta lógica hilvana consistentemente a estos procesos en su devenir, los clarifica y despoja de contradicciones, para luego darles un formato adecuado y corregirlos según el material clínico. Estas premisas y conclusiones se constituyen en los fundamentos de la ficción que designamos con el nombre de aparato psíquico, y cuya intelección corresponde al psicoanálisis que se ha constituido como un lenguaje bien estructurado (Freud, 1940^a, 1950^a-Moreira, 1995).

Ahora bien, las conclusiones teóricas inferidas en la primera parte del “Proyecto”, son derivadas de sus proposiciones principales. En la segunda parte, Freud analiza con mayor detenimiento el sistema conceptual constituido a partir de la clínica. Dicho de otra manera, remodela y rectifica la teoría desde la práctica. Para lo cual presenta a una adolescente histérica, “Emma”. Lo hace en la Sección 4, denominada “La [Proton Pseudos] histérica”. Recordemos que la Proton Pseudos es una expresión de Aristóteles que se refiere a una premisa mayor falsa en un silogismo que en consecuencia posibilita conclusiones también falsas. Aristóteles considera a su lógica silogística como un instrumento de la ciencia, en sustitución de la dialéctica platónica, en la cual se había formado.



La base del psicoanálisis como ciencia es la interpretación de la empiria, postura que lo diferencia de toda teoría especulativa [Freud, 1915c]. En tal privilegio de la empiria, Freud [1950a] se reconocía deudor de las clases de Charcot en Salpêtrière, el cual no dejaba de poner énfasis en el trabajo clínico. En el otoño de 1885, Freud había llegado a Francia como neurólogo, presentando algunos cortes coloreados con plata con una metodología que él mismo había diseñado. Allí pudo observar cómo Charcot sugería la generación y supresión de los síntomas histéricos. Considerando como hechos a las observaciones que le brindaba la clínica vinculándolas con sus conocimientos neurológicos, las conjeturas que establecía eran de la misma índole (neurológicas). *“En una ocasión nos reunimos en su visita unos cuantos médicos y estudiantes extranjeros, penetrados de respeto a la fisiología «oficial» alemana, que acabamos por irritarle levemente, discutiendo sus novedades clínicas. «Eso no puede ser —observó uno de nosotros—, pues contradice la teoría de Young-Helmholtz». Charcot no respondió como hubiera sido de esperar: «Tanto peor para la teoría. Los hechos clínicos tienen primacía». Pero pronunció una frase que nos impresionó intensamente: «La théorie c’est bon, mais ça n’empêche pas d’exister.»”*

Pero vayamos a Emma y a los engaños de la histeria. Se trataba de una púber con las exteriorizaciones propias de una fobia. La compulsión histérica se caracteriza por ser desde un punto de vista descriptivo: incomprensible; refractaria a toda elaboración intelectual; e incongruente en su estructura.

Emma se encontraba imposibilitada de entrar sola en un comercio. La muchacha recordaba que alrededor de sus 12 años, *“Fue a una tienda a comprar algo, vio a dos empleados (de uno de los cuales guarda memoria) retirarse entre ellos, y salió corriendo presa de algún afecto de terror. Sobre esto se despiertan unos pensamientos: que esos dos se reían de su vestido, y que uno le había gustado sexualmente”* [Freud, 1950a].

Esta escena de los empleados permitió encontrar un segundo recuerdo: *“Siendo una niña de ocho años, fue por dos veces a la tienda de un pastelero para comprar golosinas, y este caballero le pellizcó los genitales a través del vestido. No obstante la primera experiencia, acudió allí una segunda vez. Luego de la segunda, no fue más. Ahora bien, se reprocha haber ido por segunda vez, como si de ese modo hubiera querido provocar el atentado”*.

El afecto de terror de la púber implicaba un desprendimiento de libido narcisista, mientras que los pensamientos, un proceso de investidura de recuerdos y fantasías. Si articulamos la narración de estas representaciones hiper-intensas con el sistema nervioso, podemos configurar un modelo que explica la excitación neuronal que se despliega en la compulsión de Emma, como una cantidad de energía que responde a la llamada ley general del movimiento que fundamenta la diferencia entre la actividad y el reposo. El principio de inercia que rige el factor cuantitativo de la excita-



ción, implica que las neuronas tratan de despojarse de dicha cantidad mediante un mecanismo muscular. En estos estímulos que ingresan en el sistema nervioso, se puede distinguir un aspecto cuantitativo y otro de carácter cualitativo, denominado “período” por Freud en el “Proyecto” de 1895 o “frecuencia” por Lacan en 1964 “*Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*”. También, podemos hablar de una energía endógena (constante) cuya fuente es el cuerpo propio o el sistema nervioso y otra excitación proveniente del mundo externo (de carácter discontinuo).

El relato de “Emma” implica un discurso particular, el de la histérica, que incluye un lazo social. En la “Proton Pseudos” retorna el trauma, lo ajeno, es decir, el “das Ding” no se deja sustituir por completo.

Estas observaciones permiten explicitar otras diversas cuestiones, como el enlace lógico entre dos escenas como recuerdo en acto, el tipo de temporalidad puesto en juego, es decir, una temporalidad cronológica y otra retroactiva, y la función de la mirada y la voz. Pero también le concede a Freud la posibilidad de considerar a la adolescencia como una organización particular en la que cobra eficacia una condición histérica generalizada. Sin embargo, en la postulación de esta condición como propia de la adolescencia, Freud no sólo incluye a Emma, sino también, entre otros, el historial clínico de Rosalía H., una joven de 23 años que procuraba ser cantante, presentada en “Estudios sobre la Histeria”. Es de destacar que la casuística del psicoanálisis se estructura fundamentalmente en el caso único como modelo o paradigma.

Pero a qué se refiere Freud con la “*condición histérica generalizada en la adolescencia*”. En principio nos podemos preguntar qué se entiende por condición; en el “Diccionario de uso del Español, María Moliner” encontramos: “*Ser condición para... A [con la] condición de que...*»). *Cosa necesaria para que se verifique otra*”.

El diccionario de la “Real Academia Española”, agrega a las acepciones anteriores, lo siguiente: “*Acontecimiento incierto o ignorado que influye en la perfección o resolución de ciertos actos jurídicos o de sus consecuencias*”. Definición que luego retomaremos.

Freud por su parte, en “Crítica de la neurosis de angustia”, la ubica en el contexto de las circunstancias etiológicas, y agrega que “*Llamamos condiciones a aquellos factores faltando los cuales no surgiría nunca el efecto, pero que son incapaces de producirlo por sí solos, cualquiera que sea su magnitud*”.

Es decir, que sin lo histérico no podríamos hablar de la construcción que llamamos adolescencia. Pero a su vez la presencia de esta condición no garantiza la adolescencia.

¿Cómo se constituye esta condición? En principio puedo decir que deriva de una ca-



racterística de lo anímico. Me refiero al retardo de la libido genital con relación a la autoconservación, este factor temporal, posibilita la ocurrencia de procesos primarios póstumos, de tal manera que la eficacia de la libido genital trasmuda en traumas a posteriori una diversidad de huellas previas. Como acontece con Emma, el caso citado anteriormente. En otras palabras, habría un cierto retraso en el proceso de descondensación y despliegue de la libido pero no de la autoconservación, lo que no se produce sin consecuencias.

Retomando la condición histórica propia de la adolescencia, recordemos que el término condición, y de acuerdo al diccionario de la Real Academia, también admite ser definido como algo incierto e ignorado, es decir, que el requisito histórico puede devenir un heimlich, ominoso.

Por otra parte y con relación a lo histórico, puedo decir que Freud lo considera estructurado como un lenguaje de pulsión. Esta conceptualización implica una teoría del lenguaje, que es elaborada por el autor del psicoanálisis a partir de una modalidad particular de desvalimiento que afecta a diferentes ámbitos de la estructura [y función] del lenguaje, me refiero a la afasia en sus dos vertientes tradicionales, las afasias sensoriales y motrices, que en ocasiones solemos encontrar en adolescentes. Su estudio lo llevo a Freud (1891) a postular en su libro "La afasia" que estas diferentes configuraciones, implican la alteración de algún enlace de los elementos que forman la unidad funcional del lenguaje, es decir, la palabra. Por otra parte, la parafrasia que se exterioriza en los afásicos, nos dice Freud, es similar o no presenta mayores diferencias con los errores y distorsiones del lenguaje en los sujetos normales, cuando se encuentran agotados, distraídos o a merced de sus afectos. A partir de estas observaciones y del material de "Anna O" [Bertha Pappenheim], una histérica que presentaba una seria perturbación anímica del lenguaje. Freud plantea la hipótesis de una afasia funcional. Recordemos que en un comienzo "Anna O", no podía investir palabras, posteriormente perdió la gramática y la sintaxis, y desde luego la conjugación de los verbos. En otro momento se esforzaba por recuperar palabras en alemán y sólo las encontraba en alguno de los cinco idiomas que dominaba. Finalmente cayó en un estado de mutismo, del cual salió mediante el inglés, al que pretendió constituir como su idioma materno.

Lacan (1955) en el "Seminario III" retomó los trabajos de Roman Jakobson sobre las afasias y afirmó que la discriminación habitual entre afasias sensoriales y motoras desde la perspectiva de Jakobson se ordena de manera adecuada.

Considero que uno de los fundamentos de la concepción freudiana es su teoría del lenguaje. El discurso histérico y su lazo social sólo pueden ser contruidos a partir de dicha teoría que se inició en la observación de las afasias. La metodología freudiana permite que una concepción del lenguaje que le es inherente, pueda responder a los requerimientos de confiabilidad y validez que se suelen exigir, sin perder rigurosidad.



Los recursos metodológicos

Los trabajos de investigación en neuropsicología suelen comparar las características del sistema nervioso con las propiedades que se pueden observar en ciertos animales en situación experimental. El psicoanálisis en cambio, procura diseñar un modelo de lo psíquico, comparando y diferenciando elementos. Por un lado, el material clínico dado a la observación y por otro, el encéfalo, escenario de la vida anímica. Así mismo contrastando diversos materiales clínicos y/o literarios. Freud habitualmente presenta una cierta secuencia: en primera instancia expone un caso clínico o fragmentos del mismo, en el que suele aparecer algo nuevo, para luego establecer diversas regularidades observables que incluye en una serie, que compara con otros datos, entre ellos el sistema nervioso, al menos en un comienzo de la indagación. Es decir que se ocupa de estructuras observables y de sus correlaciones, que sirven de prueba de los resultados psicológicos. De tal manera se pueden construir una diversidad de hipótesis y construcciones auxiliares: a) de carácter universal, es decir, conjeturas que abarcan la totalidad de los individuos; b) constelaciones generales que incluyen un conjunto de sujetos; c) particulares, referidas a un individuo y d) singulares, que dan cuenta de un rasgo o aspecto de un sujeto (Maldavsky, 1997). En un momento lógico posterior, si dichas hipótesis y construcciones auxiliares no se confirman, se dejan de lado, para reiniciar el trabajo conjetural, teniendo en cuenta las diversas posibilidades y renunciando a las convicciones previas.

En realidad podemos diferenciar dos métodos de investigación que el psicoanálisis utiliza para dar cuenta de las producciones. En el primero se analizan conjuntos de asociaciones que responden a diversos criterios, como el fonológico, semántico y lógico, al estilo de Signorelli, cuyo estudio adquiere un carácter paradigmático o de diversos lapsus, olvidos y ocurrencias analizados por Freud, en los cuales lo disruptivo suelen ser palabras o fragmentos de las mismas. Por ejemplo, se puede indagar la supresión fonológica de un sonido particular, como el retiro del "is" del nombre Sigmund, efectuado por Freud, o la sustitución de "Narzissismus" por "Narzissmus", mediante un procedimiento similar.

En el otro, que es su complemento, se indagan escenas, fantasías y diversos relatos de mayor extensión. Por ejemplo cómo se exterioriza la fantasía de castración en los diversos cuadros clínicos. Aquí, lo disruptivo deja de ser una expresión verbal y pasa a ser una alucinación, un delirio o un acto, que suele ser relatado. Por ejemplo, el delirio paranoico, admite ser remitido a una ligadura de índole homosexual, que implica una frase subyacente que Freud (1911c) despliega en el análisis de las "*Memo - rias de un neurótico*" del doctor en Derecho Daniel Pablo Schreber, magistrado de los Tribunales de Sajonia: "Yo [un varón] lo amo [a un varón]". Esta afirmación admite cuatro formas de contradicción: Al sujeto, mediante los celos delirantes, al verbo, vía delirio persecutorio, al complemento apelando a la erotomanía y una cuarta modalidad que implica el rechazo de toda la frase por medio del delirio de grandeza. Ambos métodos son complementarios. No debemos olvidar que en definitiva los dos



trabajan sobre los productos de diferentes formas de los actos del pensar. Reposan fundamentalmente en una ardua investigación individual. Su desarrollo es sumamente complejo, pero son insustituibles para nuestras metas científicas y terapéuticas.

La metodología algorítmica y el lenguaje

El trabajo con los diferentes elementos de las redes de palabras, que se expresan en las manifestaciones verbales o literarias, puede ser abordado por una metodología algorítmica, que habilita un espacio para los procesos de cuantificación a partir de preguntarnos por los verbos hegemónicos y otros términos que podrían aparecer en el discurso. Dicho de otra manera, esta metodología nos permite la indagación de los llamados lenguajes de la pulsión que se expresan en determinadas redes de palabras, que suelen adquirir predominio en las diferentes estructuras clínicas.

Es necesario aclarar que el término algoritmo deriva de un matemático árabe llamado Al-Khuwarizmi. En la edad media se utilizó este término para designar un procedimiento de cálculo numérico basado en cifras árabes. En matemáticas es un método que permite resolver problemas complejos recurriendo a la repetición de un método más sencillo, por ejemplo, el cálculo de divisiones con muchos dígitos en aritmética. En la actualidad y para nuestros fines los algoritmos pueden ser considerados como la disposición a seguir un determinado orden en la puesta en práctica de una serie de instrucciones o sentencias. Dicho de otra manera, se trata de una combinatoria de elementos articulados en red.

Lacan (1966) trabaja el término algoritmo a partir de la reformulación del signo de Saussure. Establece diversos algoritmos como el de la metáfora paterna o el de los cuatro discursos.

Lieberman [1970] apeló al término algoritmo para proponer un método de investigación de la particular manera de trabajo clínico de un analista. Consideraba que todo sujeto privilegiaba un estilo que se correspondía con un estilo complementario en el analista. En el despliegue de la sesión se activan diversos estilos en el paciente, a los que el analista debe responder con una modificación en su propio estilo. Su no correspondencia puede ser evaluada mediante una metodología algorítmica.

Maldavsky [1997] retoma y replantea la propuesta de Lieberman a partir de la teoría freudiana. Considera a la llamada metodología algorítmica como un recurso de investigación que sustituye o se combina con los procedimientos cuantitativos. Los algoritmos pueden ser diversos, se enlazan a los lenguajes de pulsión y se pueden construir desde materiales como los registros clínicos o los escritos literarios: algunos combinan y especifican el preconscious, su particular lógica e incluyen ciertas clases de verbos, sustantivos, adverbios o adjetivos hegemónicos en las frases del individuo articuladas en una red, al igual que los procesos retóricos, y las nociones de espacio y tiempo. La configuración de otros algoritmos puede recaer sobre los elemen-



tos que expresan una defensa o ciertos lugares de fijación. Sobre los resultados de esta metodología es posible apelar a la cuantificación, lo que nos permite una reflexión en conjunto con otras disciplinas.

El análisis de las manifestaciones nos permite encontrar diversas formas de plasmar en el lenguaje lo puramente pulsional. Dicho de otra manera, cada erogeneidad tiene una particular forma de expresión, una lógica específica que regula el procesamiento de las diferentes modalidades de percepción, motricidad, las huellas de memoria y pensamientos. Entonces, no se trata de palabras aisladas que aluden a un lenguaje específico sino, más bien, de un modo particular de procesar la libido.

Asimismo, del conjunto de las manifestaciones [habladas o escritas] se puede diferenciar: el argumento de un relato, los personajes, la temporalidad, la espacialidad, el verbo [conjugado en voz activa, pasiva o reflexiva, y también sí corresponde a la primera, la segunda o la tercera persona], los adjetivos, los adverbios, las muletillas, los atenuadores y aumentativos semánticos del contacto con un tema ("medio", entre otros), los procesos retóricos específicos.

La categorización y discriminación del verbo, en términos de voz activa, pasiva y reflexiva, corresponde a las indagaciones de los lingüistas; sin embargo, será retomada en el contexto de la teoría psicoanalítica, para observar si el sujeto se ubica como pasivo o activo respecto de la pulsión y el objeto. El aspecto semántico del verbo lo enlazaremos a la actividad pulsional. Mientras la clasificación mencionada exterioriza la posición anímica ante lo significado por el verbo como acción o estado, tal como se evidencia en los verbos hacer, correr, comer; respecto de estar y quedar, entre otros [Maldavsky, 1992].

De los diferentes elementos que se ensamblan en la pulsión, fuente, esfuerzo, meta y objeto, estos dos últimos son netamente psíquicos. Con respecto a la meta consideramos que incluye la satisfacción pulsional, mediante una acción de descarga motriz específica, que tiende a cancelar el estado de estimulación en la fuente. Cuando se trata de la pulsión sexual, podemos decir que estas acciones pueden desplegarse en tres formas distintas: activas, pasivas y activas-pasivas (autoeróticas). Por ejemplo, el "pegar" implica una acción específica, a la cual se puede aludir mediante frases como: "un niño pega", expresión de la meta activa de la pulsión de dominio, "un niño es azotado", como manifestación de la meta pasiva, o bien, "un niño se pega", escenificación de la meta autoerótica (Moreira, 1995).

El estudio de los verbos nos permite, también, la discriminación de las pulsiones entre sí, al menos cuando éstas ya se han articulado con sus metas. Si bien se trata de energías diferentes, esta heterogeneidad sólo se pone de manifiesto psicológicamente cuando la pulsión se liga con sus elementos anímicos, es decir con su meta y luego con su objeto.



¿Y cómo logramos este distingo?

Teniendo en cuenta, fundamentalmente, la medida de la consumación pulsional. Dicho de otra manera: debemos considerar el momento en que la pulsión deja de exigir trabajo al aparato anímico y, por lo tanto, el punto en que cesa la acción de descarga. De esta manera, el principio regulador de la descarga adquiere vigencia, demarcando el momento en que esta acción cobra eficacia en la cancelación de la estimulación en la fuente. Cuando la pulsión accede al lenguaje, esta tramitación se puede expresar en frases como las siguientes: una persona puede “beber hasta sentir alivio”, la preposición “hasta” marca el punto en el cual la pulsión de auto-conservación, alcanza la cancelación de la “sequedad en la mucosa de la garganta” —fuente orgánica de la necesidad de la sed— (Freud, 1915c) y se trasmuda en una sensación de alivio, expresión del principio de constancia. También puede “beber hasta sentir placer”, aquí la preposición “hasta”, marca la eficacia del principio del placer, como regulador en su meta de la pulsión sexual. O bien, puede “beber hasta morir”, con lo cual la acción de descarga sólo cesa en el nirvana, como regulador de la pulsión de muerte. Freud (1891), cuando se refiere a las afasias de segundo grado “asimbólicas”, afirmó que se perturban primero los sustantivos y luego los adjetivos y verbos, puesto que estos últimos se han formado antes que el sustantivo.

Por otra parte, es importante considerar que un lenguaje del erotismo puede ser tramitado de diversas maneras, de acuerdo al pensar defensivo que cobre eficacia.

Ahora bien, ¿cómo conjeturamos el predominio de un lenguaje sobre otro? Habitualmente tomamos en cuenta dos criterios para determinar la hegemonía de un lenguaje sobre otro: a) la mayor frecuencia o insistencia de los términos propios de un lenguaje, y b) la posición de cada segmento con relación a los otros, es decir, la jerarquización lógica que posee. Si bien entre ambos criterios suele haber cierta articulación, siempre cobra mayor valor el requisito lógico. En el lenguaje podemos diferenciar dos aspectos. Por una parte y de acuerdo a las hipótesis referidas al preconsciente, puede ser considerado como una máquina según ha sido estudiado por diversos autores, entre los que podemos citar a Freud y Lacan. En este sentido, el lenguaje puede ser evaluado en sus numerosas transformaciones y reordenamientos que incluye la eficacia de actos del pensar defensivo, de acuerdo a nuevos criterios y lógicas más complejas. Los procesos retóricos se insertan en las actividades de esta maquinaria [de palabras]. El otro aspecto del lenguaje, implica su consideración como destino de pulsión o como proveedor de la energética que requiere la máquina mencionada. Parece imprescindible, en este sentido, abordarlo como lenguaje de un erotismo específico, ampliamente trabajado por Freud. Como ya anticipé, un lenguaje del erotismo puede tener diversos destinos, según cobre eficacia una defensa determinada u otra. Por ejemplo, el erotismo anal puede derivar: a) en un síntoma neurótico si es privilegiada la represión; b) en una manifestación psicótica si cobra hegemonía la desestimación. Recuerdo el caso de una paciente adolescente que apelaba en público



a la masturbación anal, como una manera de violentarse a sí misma, doblegando autoeróticamente su propio esfínter; c) en expresión perversa, al estilo del fetiche, si es la desmentida el mecanismo predominante; d) o en una producción cultural si la defensa es la sublimación.

Si nos acercamos al lenguaje de la pulsión desde la ecuación etiológica y sus cuatro elementos: pulsiones, fantasías originarias, disposiciones y vivencias. Nos encontramos que la modalidad por la cual la pulsión accede a las exteriorizaciones en el lenguaje, implica las tramitaciones reguladas mediante las disposiciones, principalmente las actividades defensivas y las fantasías originarias. Tales vicisitudes se despliegan en diferentes tiempos, a saber, el de: las fijaciones, las vicisitudes de las diferentes fases de la libido y de la pulsión de muerte.

La casuística y el modelo freudiano

En ocasiones se pretende encasillar el psicoanálisis en el modelo médico de búsqueda y acumulación de datos cuantitativos, sin embargo, el psicoanálisis implica una ruptura epistemológica con dicho modelo. Su casuística se configura a partir del caso único como modelo o paradigma y no requiere necesariamente de la presencia concreta del otro, sino de su discurso. Por ejemplo, no sólo forman parte de la casuística freudiana los cinco historiales habitualmente conocidos, sino también otros como “Dostoievski y el parricidio”, “Una neurosis demoníaca en el siglo XVII”, o “Leonardo”. Por otra parte, si es necesario acercar el análisis a un modelo, de ninguna manera este sería el médico o el sociológico, sino más bien el detectivesco. El analista trabaja como un detective. Al respecto, es necesario recordar la afición de Freud por la novela policíaca de autores como Sherlock Holmes, G. Chesterton o Agatha Christie, entre otros. Su empleada Paula Fichtl comenta [refiriéndose a Freud]: “*ca - si siempre leía una novela policíaca [...] El señor profesor sabía casi siempre quién era el asesino, pero si luego resultaba ser otro se enfadaba*”. Irving M. Copi (1985) en su “Introducción a la lógica”, dedica una sección a “El detective como científico” e ilustra el tema recurriendo a Sherlock Holmes, de Conan Doyle. Considera 7 momentos en el desarrollo de la investigación: 1) El problema. Para la búsqueda de pistas, es imprescindible la constitución de un problema, un enigma, en muchas ocasiones a partir de situaciones que nos resultan familiares. 2) Hipótesis preliminares. Es necesario construir una hipótesis de trabajo, “*por la cual o contra la cual, escoger datos pertinentes a ella*”. 3) La reunión de hechos adicionales. Se procuran nuevas pistas, que puedan derivar en una reformulación de las hipótesis iniciales. 4) Formulación de hipótesis. Se articulan los diversos datos en una hipótesis que los explica. 5) La deducción de consecuencias adicionales. La hipótesis debe permitir ir más allá de los hechos originales y explicar otros, no conjetrados en un primer momento. 6) La verificación de las consecuencias. Implica poner a prueba las consecuencias de la hipótesis, mediante diversos recursos, como por ejemplo la observación. 7) La aplicación. La hipótesis no sólo debe explicar los acontecimientos, sino también revestir un carácter práctico.



El historiador Carlo Ginzburg (1989, 1990) [colega de Umberto Eco en la Universidad de Bolonia] considera la emergencia de un nuevo paradigma en el contexto de las ciencias sociales, hacia finales del siglo XIX, al que denominó “indiciario [o semiótico]”. Al respecto nos dice: «...surgió sigilosamente, [...] un modelo epistemológico (o, si se prefiere, un paradigma). El examen de este paradigma, que todavía no ha recibido la atención que merece y que ha venido utilizándose sin que ni siquiera se haya formulado su teoría de manera explícita, puede quizás ayudarnos a superar la estéril oposición entre «racionalismo» e «irracionalismo».

Este modelo epistemológico encontraría su fundamento en:

A) La propuesta metodológica de Giovanni Morelli publicada en una diversidad de artículos en la revista “Zeitschrift für Kunst”. Dicha metodología apuntaba a la distribución adecuada de pinturas a sus correspondientes autores, a fin de diferenciar las copias de los originales.

B) El método psicoanalítico. Con relación a la importancia de los indicios y los enlaces del método analítico y el de Morelli, Freud (1913 [1914]) comenta en “El Moisés de Miguel Angel”: “Mucho antes de toda actividad psicoanalítica supe que un crítico de arte ruso, Iván Lermolieff, cuyos primeros trabajos publicados en alemán datan de los años 1874 a 1876, había provocado una revolución en las galerías de pinturas de Europa, revisando la atribución de muchos cuadros a diversos pintores, enseñando a distinguir con seguridad las copias de los originales y estableciendo, con las obras así libertadas de su anterior clasificación, nuevas individualidades artísticas. A estos resultados llegó prescindiendo de la impresión de conjunto y acentuando la importancia característica de los detalles secundarios, de minucias tales como la estructura de las uñas de los dedos, el pabellón de la oreja, el nimbo de las figuras de santos y otros elementos que el copista descuida imitar y que todo artista ejecuta en una forma que le es característica”.

Iván Lermolieff era el seudónimo del médico italiano Giovanni Morelli: “A mi juicio, su procedimiento muestra grandes afinidades con el psicoanálisis. También el psicoanálisis acostumbra deducir de rasgos poco estimados o inobservados, del residuo —el «refuse» de la observación—, cosas secretas o encubiertas”. Con relación a los pequeños rastros, Freud (1915/16) también afirma “Los sueños, se dice, tienen una importancia insignificante. Ya hemos respondido a una objeción de este mismo género a propósito de los actos fallidos. Dijimos entonces que cosas de gran importancia pueden no manifestarse sino por muy pequeños indicios”.

Es interesante considerar que Giovanni Morelli permaneció oculto durante muchos años detrás del seudónimo de Iván Lermolieff, y el de Johannes Schuartz, de una manera similar Freud mantiene la autoría de “El Moisés de Miguel Angel” en el anonimato durante unos diez años. El artículo fue publicado en 1914 en la revista “Imago”, y sólo en 1924 Freud reconoce su autoría.



C) El método de la novela policial, que encontró su inicio en Edgar A. Poe y se desarrolló con Arthur Conan Doyle y su personaje Sherlock Holmes.

Para Ginzburg, el origen de este modelo se encuentra en los antiguos cazadores, que reconstruían los rasgos, expresiones y movimientos de una presa a partir de rastros, a veces, casi imperceptibles.

Esta metodología indiciaria procura privilegiar los rasgos cualitativos e individuales, por lo que no cobran mayor relieve los esfuerzos por la matematización y la universalización, a diferencia de la metodología derivada de los trabajos de Galileo, que deja de lado los aspectos individuales para acceder a la universalización y matematización de sus resultados. Ginzburg considera no conveniente la adecuación del paradigma indicial al galileano, puesto que el primero se encuentra ligado a las modalidades de conocimiento de la vida cotidiana y a un contexto en el cual los datos tienen un carácter único e irremplazable.

Las disciplinas incluidas en el paradigma indicial trabajan con la llamada abducción, término trabajado por Pierce (1965), implica el armado de conjeturas, la realización de inferencias de la configuración del caso a partir de los resultados. *“Se observa el hecho sorprendente c; pero si a fuera verdadero, c sería de suyo evidente. En consecuencia, hay una razón para pensar que a es verdadero...”*

El trabajo conjetural de un psicoanalista es de alguna manera similar al quehacer de un arqueólogo, quien, podemos decir, recurre de alguna manera al método indiciario, cuando reconstruye un edificio antiguo, destruido y sepultado. En el proceso de reconstrucción ambos —psicoanalista y arqueólogo— apelan a métodos de suplementación y combinación de los restos encontrados. Sin embargo, dichas actividades no son totalmente análogas: el analista se encuentra en mejores condiciones que el arqueólogo puesto que dispone en muchas ocasiones de una mayor cantidad de material, y los restos o saldos investigados aún están vivos. Extrae sus conclusiones a partir de las exteriorizaciones del sujeto, sus hiancias, sus fragmentos de recuerdos y asociaciones. Ambos, también, se encuentran expuestos a dificultades y fuentes de error [Freud, 1937d].

Resistencias contra el método analítico

Freud anhelaba que su ciencia ocupase un lugar similar al de las otras ciencias, pero sabía que sólo era un anhelo, que era un deseo imposible de llevar a cabo, que la resistencia al psicoanálisis no era algo circunstancial o contingente, sino que respondía a la estructura misma de lo anímico. Freud [1917] en “Una dificultad del psicoanálisis”, considera que el narcisismo universal, es decir el amor propio de los hombres, ha sufrido tres graves afrentas. Una que denominó cosmológica, ligada al astrónomo polaco Nicolás Copérnico que con su teoría heliocéntrica sustituyó la teoría geocéntrica de Ptolomeo, basada en la investigación vía percepción sensorial, exenta de ma-



yor crítica. Se creía que la tierra en reposo era el centro del universo, lo cual coincidía con el predominio que el hombre se adjudicaba en el mundo. Sin embargo, no fue el aporte teórico lo que generó la herida narcisista, porque este ya había sido anticipado por los pitagóricos y por Aristarco de Samos, sino su reconocimiento universal. Otra afrenta, es la biológica. El hombre desgarró la comunidad que mantenía con los animales, estableció un abismo infranqueable entre lo humano y lo animal. Sólo el niño y el hombre primitivo se sustrajeron de esta ruptura. A partir de los trabajos de Charles Darwin y continuadores, se restableció el parentesco, tanto en el aspecto biológico como anímico. Y finalmente tenemos la psicológica, que implicó la postulación de lo inconsciente “*la más sentida*” según Freud, puesto que el yo y su órgano, la conciencia, perdieron su predominio.

En este contexto, desde hace varias décadas, la filosofía de la ciencia ha exigido al psicoanálisis que demuestre con elementos lógicos y epistemológicos que es una ciencia. Se afirma que si es una ciencia, su marco teórico debe estar formado por conceptos fundamentales, que deben estar definidos con claridad y precisión.

Al respecto y con relación a esta exigencia externa al psicoanálisis, Freud[1915c] nos dice que “*En realidad, ninguna ciencia, ni aun la más exacta comienza por tales definiciones*”. Por el contrario, agrega: “*El verdadero principio de la actividad científica consiste más bien en la descripción de fenómenos, que luego son agrupados, ordenados y relacionados entre sí*”.

El psicoanálisis basado en la interpretación de la empiria, no puede desplegar un fundamento lógico sin fisuras, por el contrario presentó en un inicio ideas poco claras, que ha procurado precisar en el curso de su desarrollo. *Tales ideas no constituyen, en efecto, el fundamento sobre el cual reposa tal ciencia, pues la verdadera base de la misma es únicamente la observación. No forman la base del edificio, sino su coronamiento, y pueden ser sustituidas o suprimidas sin daño alguno*”. Sólo si fuera una mera teoría especulativa podría responder a las exigencias de la ciencia tradicional.

En realidad las resistencias contra el psicoanálisis se evidenciaron desde un comienzo, así Fliess le reprochaba a Freud que el análisis no posibilitaría conclusiones de carácter científico, y de que sus interpretaciones sólo eran meras proyecciones de su vida anímica.

Indudablemente, el psicoanálisis por su metodología se encuentra con problemas para establecer un diálogo con otras disciplinas, pero este no es el único inconveniente, también la apropiación de la razón por ciertos autores, que procuran generalizar con un afán totalizador sus propios recursos metodológicos, los lleva a desconocer lo propio del psicoanálisis. El diálogo sólo puede ser establecido a partir de la aceptación de la diferencia y de su legitimidad.



Popper (1959), consideró al psicoanálisis como un realismo del inconsciente, y no aceptó que este sea admitido como ciencia. Imre Lakatos por su parte, excluyó a la teoría psicoanalítica de los programas de investigación.

Para Lakatos [1978] es imprescindible que se cumplan ciertos requisitos: la doctrina debe presentar un conjunto de hipótesis ad hoc, que se estructuren como el núcleo duro, y una serie de hipótesis complementarias que operan de protección [sobre las cuales es posible introducir cambios más fácilmente], mientras se procura resolver las contradicciones internas. El psicoanálisis está en condiciones de presentar un núcleo duro en su teoría, aunque todo hace pensar que Lakatos continuará excluyendo al psicoanálisis del ámbito de la ciencia. Al respecto, el psicoanálisis ocupa el lugar del tercero excluido de la lógica y como tal, su destino es ser arrojado del ámbito de la cultura y la ciencia.

De todas maneras, considero que es interesante plantear las características del mencionado núcleo duro. En principio creo que se enlaza a las llamadas series complementarias. En "Esquema del Psicoanálisis", Freud nos dice que la causación de las diferentes exteriorizaciones de la vida anímica deriva de la acción recíproca entre las vivencias contingentes y las predisposiciones congénitas. A este conjunto de condiciones los podemos diferenciar en cuatro elementos básicos: vivencias, instintos, disposiciones y pulsiones. Tales factores se distribuyen en diferentes series, por ejemplo: pulsiones-vivencias, pulsiones-instintos y pulsiones-disposiciones.

Toda producción psíquica normal o patológica, encuentra su comprensión y explicación, a partir de un recurso teórico, que Freud fue elaborando a través de su obra, y al cual llamó ecuación etiológica.

Despleguemos este recurso.

Se trata de un modelo en el cual el concepto de ecuación incluye una igualdad que sólo se verifica para ciertos valores de las variables o factores que intervienen en ella, mientras que el concepto de etiología, implica a las causas supuestas, en nuestro caso de la manifestación de un sujeto.

Precisemos el término "causa":

Cuando hablamos de nexos causales, según la lógica, estamos hablando de condiciones necesarias y condiciones suficientes en la producción de un observable determinado (Freud, 1905d).

Las condiciones necesarias son todas aquellas en cuya ausencia no puede producirse un hecho psíquico. Por ejemplo, si tomamos el cuento de Lewis Carroll "Alicia en el país de las maravillas", la fantasía del conejo y las vicisitudes de la pequeña de 10 años en la conejera, requieren a la libido genital, como una condición necesaria para



su producción, pero que no es suficiente. Es decir, que si hay un cierto material del pensar fantaseador, debe estar presente la libido genital en su generación, su presencia, es imprescindible, pero también se requieren de otros elementos, tales como representaciones totémicas (el conejo), míticas (Alicia como heroína) y actos defensivos como la desmentida, entre otros.

Ahora, es pertinente el interrogante acerca de lo que es una condición suficiente.

En principio podemos decir que se trata de una circunstancia que debe estar presente cuando se generan las manifestaciones o el material que nos interesa. Habíamos dicho que la presencia de la libido genital no es una condición suficiente, puesto que el esfuerzo libidinal puede estar presente sin que se instauren dichas manifestaciones. En este sentido Freud va a considerar como condición suficiente, no una sola condición, sino una conjunción de condiciones o más bien de enunciados, llamados series complementarias, que cobran su eficacia en toda producción sintomática o normal.

Al especificar los elementos de estas series, nos dice Freud (1940a, pág.183) *“En efecto, la causación de todas las plasmaciones de la vida humana ha de buscarse en la acción recíproca entre predisposiciones congénitas y vivencias accidentales”*. Y bien, a esta conjunción de condiciones la podemos descondensar y graficar de la siguiente manera:

$$P = \begin{vmatrix} V. P. \\ V. I. \\ V. D. \end{vmatrix}$$

Donde “P” es toda producción psíquica normal o patológica, y las variables “V” y “P” implican la conjunción: Vivencia.pulsión, las variables “V” e “I”, la conjunción: Vivencia.instinto, las variables “V” y “D”, la articulación de: Vivencia . Disposición o aptitud. Es decir, que hay varias condiciones necesarias en la producción de un fenómeno psíquico que marcan su complejidad, tales como vivencias, pulsiones, instintos y disposiciones. Todas ellas deben estar incluidas en la condición suficiente, inclusión de la que Freud intenta dar cuenta mediante el concepto de sobre-determinación.

Estas condiciones tienen entre sí relaciones de complementariedad, estableciéndose una diversidad de series cuyos extremos no son absolutos, sino que por el contrario se determinan en su presencia. El concepto de series de carácter complementario adquiere para nosotros el valor de un modelo explicativo que nos permite entender la forma de estructuración de las diferentes producciones psíquicas.

Pero aclaremos aquí las implicancias del término serie.



Este concepto designa un conjunto de elementos que pueden aceptar diversos ordenamientos, dependiendo de un factor externo a la cualidad de los elementos. En nuestro caso se trataría de una conjunción de factores presentes en toda su extensión y cuya estructuración se modifica en función de la cantidad, es decir de la magnitud del factor en cuestión y no tanto de la frecuencia de su repetición.

Anteriormente habíamos hablado de las series complementarias, como condición suficiente en una producción psíquica y habíamos discriminado tres tipos de conjunciones: Vivencias-pulsiones, vivencias-instintos y vivencias-disposiciones.

En la primera conjunción: “V.P”, podemos diferenciar dos series, una primera serie que configura la articulación de lo que Freud denominó en la Conferencia 23, predisposición por fijación libidinal y el llamado vivenciar accidental o contingente de carácter traumático, y una segunda serie (que suele presentar la mayor resistencia a su modificación) que resulta de la descomposición de la predisposición por fijación, en dos factores o condiciones: la constitución sexual, que implica el vivenciar prehistórico del sujeto y el vivenciar infantil. De esta manera quedan conformadas otras dos series complementarias.

Cabe considerar aquí que en la segunda de las series complementarias, una de las condiciones necesarias, implica el vivenciar infantil, es decir las vicisitudes de la primera infancia, que se desarrollan en el marco de una estructura interindividual: la familia, en la cual debemos destacar dos funciones primordiales atribuidas a los progenitores, que pueden inscribirse y reordenarse de acuerdo a una lógica intrínseca del aparato psíquico: la función materna y la función paterna, de las cuales los padres serían, entonces, los soportes reales; es decir los agentes que ocupan el lugar de las matrices que el mismo niño generó vía un acto del pensar proyectivo y a partir de los cuales cobran eficacia los estímulos familiares como contenidos de un formato propio.

Volviendo a la problemática de las series complementarias, nos podemos preguntar: cómo se producen los enlaces entre los diversos factores que las componen, una vez que cobran su estructuración en el aparato psíquico. Es decir, cómo se sueldan las vivencias con los elementos del ello (pulsiones, energía nerviosa, instintos y disposiciones). En principio podemos agregar que estos enlaces se realizan de acuerdo a ciertos procesos como los de: regresión, retroacción, progresión y anticipación.

Por su parte, Maldavsky [1997] ubica las hipótesis ligadas a la teoría de los vasallajes y los conflictos yoicos, junto con la teoría de los complejos de Edipo y castración cerca del núcleo requerido por Lakatos, pero considera que “*el punto central del núcleo duro se halla constituido, finalmente, por la hipótesis referida a las energías pulsionales y neuronales y al surgimiento del yo y la subjetividad (sobre todo la conciencia) a partir de este fundamento económico*”. Mientras que localiza como hipó-



tesis complementarias “*la teoría de las formaciones sustitutivas y la de la defensa*”.

Lacan (1964) en “El Seminario 11”, propone cuatro conceptos como fundamento del campo operativo del psicoanálisis. El cuatro es un operador constante que soporta diversas concepciones. Los conceptos, que se disponen de una manera particular son:

Inconsciente	Repetición
Transferencia	Pulsión

Lacan [1964] considera que una ciencia debe expresar en fórmulas lo propio de su conocimiento, y en tanto estos conceptos se configuran como elementos articulables, en términos de un algoritmo, se los puede considerar como pertenecientes al núcleo duro exigido por Lakatos.

Una cierta modalidad de investigación que se extiende en “Humanidades” recurre a modelos extrínsecos, carentes de validez en el territorio de la subjetividad o que por lo menos no nos permiten abrigar grandes ilusiones sobre su eficacia. Tales métodos degradan al sujeto a un plano imaginario, privilegiando la conciencia de sí [involucrada en el cogito ergo sum de Descartes], el anonimato y la frecuencia estadística, es decir, lo cuantitativo vinculado al paradigma físicomatemático. La ciencia entendida de esta manera se constituye suturando al sujeto y suprimiendo la verdad del psicoanálisis, que es singular y no colectiva, sólo abordable en la investigación clínica. Dicho de otra manera, en el trabajo por objetivizar se pierde la subjetividad de la conciencia, del deseo y/o de los desprendimientos de afectos o sentimientos. En el esfuerzo por cuantificar se pierde lo singular, es decir, de cómo el sujeto se procura un malestar en el que se satisface. Esta modalidad de investigación suele hablar de un sujeto que desconoce en su método. Vemos pues, cómo la ciencia tradicional, que procura la objetivización del sujeto, se opone paradójicamente al análisis de la subjetividad.

El método analítico es fundamentalmente una praxis, un acto que enlaza la práctica con la teoría, que lo ubica lejos de toda actividad sugestiva o adaptacionista. Al respecto, Freud funda una tajante oposición entre la técnica analítica y la sugestiva similar a la propuesta por Leonardo da Vinci, con relación a las artes, en las fórmulas “per vía diporre” y “per vía di levare”. El pintor trabaja “per vía di porre” al colocar sobre la tela en blanco colores que no estaban, el escultor por el contrario realiza su tarea “per vía di levare”, pues quita de la piedra todo lo que recubre las formas de la estatua contenida en ella. De manera en un todo semejante, [...] “la técnica sugestiva busca operar per vía di porre; no hace caso del origen, de la fuerza y la significación de los síntomas patológicos, sino que deposita algo, la sugestión, que, según se espera, será suficientemente poderosa para impedir la exteriorización de la idea patógena. La terapia analítica, en cambio, no quiere agregar ni introducir nada nuevo, sino restar, retirar...” (Freud, 1904, pág. 250).



Es notorio que la función de sustracción, de retiro, del diálogo analítico, lo aproxima metodológicamente a la mayéutica y dialéctica socrática como se desprende de los encuentros privados de Sócrates con sus alumnos, descritos por Aristófanes. Su interrogación permanente sobre el conocimiento procuraba en su interlocutor el parto de ideas claras y distintas con relación al auto-conocimiento y la autodefinition. Al respecto Lacan(1966) en *“Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología”* nos dice: *“No es inútil recordar, ahora bien, el momento histórico en que nace una tradición que ha condicionado la aparición de todas nuestras ciencias y en la que se afirma el pensamiento del iniciador del psicoanálisis, cuando profiere con patética confianza ‘La voz del intelecto es baja, pero no se detiene mientras no se la ha oído’, en que creemos percibir, en un eco sordo, la voz misma de Sócrates al dirigirse a Calicles: ‘La filosofía dice siempre lo mismo’”*.

Aunque es necesario precisar que Freud sólo cita a Sócrates en la Lección XVIII. *“La fijación al trauma. Lo inconsciente”*, de *“Las Lecciones introductorias al Psicoanálisis”* de 1915-17, para advertir de la aparente sencillez del trabajo analítico. Se podría pensar que la patología deriva de cierta ignorancia de algunos procesos anímicos. De un no saber del sujeto, recordemos que para Sócrates el vicio es una consecuencia de la ignorancia. Sin embargo, Freud discierne diferentes modalidades de ignorancia y conocimientos, de diferente valor psicológico. Y si bien el sujeto puede llegar a conocer el sentido de sus síntomas, no se instalan transformaciones anímicas sin un trabajo de reelaboración interna.

Descriptoros:

verdad material / verdad histórico-vivencial / método / libido / investidura / excitación neuronal / caso único / paradigma / lenguaje / algoritmo / pulsión / abducción / vivencia / disposición.

material truth / historical-experience truth / method / libido / cathexis / neuron excitation / single case / paradigm / language / algorithm / drive / abduction / personal experience / disposition.

Bibliografía

- Copi, I. M. (1985), *Introducción a la lógica*, Eudeba Manuales.
- Freud, S. (1891), *La afasia*, Ed. Nueva Visión, Bs. As .
- Freud, S. (1896), *La etiología de la histeria*, AE.
- Freud, S. (1898) *La sexualidad en la etiología de las neurosis*, AE. Vol. 3.
- Freud, S. (1911c), *“Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente”*, en AE, Vol. 12.



- Freud, S. (1913 [1914]), "El Moisés de Miguel Angel", AE. Vol.
- Freud, S. (1915c), Pulsiones y destinos de pulsión, en AE, Vol. 14.
- Freud, S. (1916-17), Conferencias de introducción al psicoanálisis, en AE, Vols. 15-16.
- Freud, S. (1925d), Presentación autobiográfica, AE, Vol. 20.
- Freud, S. (1933a), Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, en AE, Vol. 22.
- Freud, S. (1904), Sobre psicoterapia, AE, Vol. 7.
- Freud, S. (1937d), "Construcciones en el análisis", en AE, Vol. 23.
- Freud, S. (1939a), Moisés y la religión monoteísta, AE- Vol. 23.
- Freud, S. (1940a), Esquema del psicoanálisis, en AE, vol. 23.
- Freud, S. (1950a[1892-1899]), Fragmentos de la correspondencia con Fliess, en AE, Vol.1
- Ginzburg, C. (1989), Mitos, emblemas, sinais. Companhia Das Letras, São Paulo.
- Ginzburg, C. (1990), en Crisis de la razón, Siglo XXI ed., México.
- Lacan, J. (1955), Seminario III. Las psicosis.
- Lacan, J. (1964) Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Barcelona, Barral, 1974.
- Lacan, J. (1966), Escritos, México. Siglo XXI, 1975, Vol. I y II.
- Lakatos, I. (1978), Philosophical papers. Volume 1: The methodology of scientific research programmes, Cambridge University Press, 1978.
- Liberman, D. (1970), Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico, Buenos Aires, Galerna-Nueva Visión, 1971-72.
- Maldavsky D. (1992), Teoría y clínica de los procesos tóxicos, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1992.



- Maldavsky, D. (1997), Sobre las ciencias de la subjetividad. Exploraciones y conjeturas. Nueva Visión.
- Moreira, D. (1995), Psicopatología y lenguaje en psicoanálisis. Homo Sapiens.
- Peirce, C.S., 1965, Collected papers, Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Popper, K. (1959), "La lógica de la investigación científica".

Primera versión: 8 de octubre de 2000

Aprobado: 10 de abril de 2001